

Los usos de la Historia y el fenómeno de la “nueva divulgación” en el campo de la Historia Argentina.*

Matilde Carlos

Universidad Nacional de La Plata

Al encargarse del pasado, la Historia se ocupa de lo que no es actual pero también nos puede ayudar a comprender un presente que tiende a desdibujarse de manera muy veloz. No es extraño que las sociedades se interroguen acerca de las circunstancias que las forjaron como tales y que se planteen dudas sobre el porvenir a la luz de experiencias pretéritas. En relación a estas últimas inquietudes, en los últimos años hemos asistido a un increíble *boom* de ventas de libros de Historia argentina realizados por autores que no pertenecen al mundo académico propiamente dicho. El fabuloso éxito editorial de las obras de Jorge Lanata y de Felipe Pigna ha motivado que muchos nos preguntemos acerca de lo que estos libros ofrecen a los lectores.

Es innegable que a lo largo de su desarrollo como disciplina, la Historia ha intentado satisfacer las más diversas demandas de la sociedad y en este preciso momento de la Argentina, cuando los ecos de la última crisis político-institucional todavía se dejan oír, los ciudadanos quieren saber cómo se llegó a tan extrema situación y de qué formas podrían superarse los conflictos que tienden a repetirse eternamente. Resulta evidente que las obras de los autores mencionados intentan satisfacer esos reclamos. La cuestión a resolver sería ver hasta qué punto, estos libros cumplen con sus promesas.

Lanata y Pigna atienden especialmente al proceso de conformación del Estado argentino. Este problema ha ocupado un lugar importante en la construcción de los fundamentos de los Estados nacionales decimonónicos mediante la recurrencia a mitos fundacionales y, en el caso específico de la Historia argentina, estos avatares habrán de expresarse en varias líneas historiográficas—desde la denominada “oficial”, hasta las diversas ramas del “revisionismo” del siglo XX—. Luego de una breve recorrida por estos senderos, el presente trabajo se centrará en los exitosos libros los dos autores referidos para analizar sus alcances y el valor historiográfico de sus aportes.

La Historia como totalidad explicativa

El siglo XIX fue testigo de la construcción de la escena de la historia como imperio de la razón, de la emergencia de un nuevo sujeto con conciencia plena de los cursos históricos y del progreso industrial como cultura redentora de la humanidad. Estas transformaciones edificaron el proyecto moderno expresado en un nuevo mundo secularizado en que el hombre se asume como artífice de su destino a través de la Historia entendida como un desarrollo global en que todos avanzan en dirección al progreso de la humanidad. En esa transición del estado de naturaleza al estado social,

la idea de libertad se vincula con los parámetros jurídicos de la época en que tenían lugar dichos cambios, es decir que se encarna en el derecho burgués y se constituye en su expresión.

Será tarea de los hombres entonces, interpretar el devenir de su propia historia con el objeto de “adecuar la realidad política a la razón”¹ mediante la creación de las “Historias Nacionales” inscriptas en el marco de la totalidad social como expresión de la autoconciencia de los hombres en el camino hacia el progreso de la humanidad.

Al parecer, quienes a partir de la modernidad se habían autoinstituído como los portadores de la nacionalidad tomaron conciencia de las múltiples dificultades que acarrearía organizar políticamente a sus pueblos sin algunas pautas aglutinantes que pudieran darles una cierta idea de fusión y comunidad de intereses. Era necesario superar los límites que la etnia, la lengua y la religión le imprimían al Estado. En momentos en que los hombres estaban más fuertemente ligados en torno a estos ideales que a la ilusoria imagen de la nación, la premura por obtener cohesión se hacía evidente. Apareció entonces el elemento mitológico apelándose a creaciones míticas para dar coherencia ideológico-filosófica al proyecto nacional. La sociedad necesita darse a sí misma un pasado y un destino para lograr ser expresión de los anhelos de los individuos que la conforman. Cualquier institución se compone de normas, valores y principios que, al ser aceptados por todos, se transforman en constitutivos de la propia identidad de sus miembros. Entonces el “mito” adquiere un papel relevante como aglutinador de los ideales a los que se quiere aspirar: los símbolos que adoptan forma de banderas, himnos nacionales, lenguas habladas desde tiempos remotos, etc., estarían dando cuenta de la voluntad de crear mitos fundacionales sobre los cuales sentar las bases de la nacionalidad y esos mitos pueden ser invocados ante cualquier amenaza que ponga en peligro la unidad alcanzada. Sea frente a un invasor extranjero con espíritu imperialista, sea ante los “diferentes” dentro del seno mismo de la sociedad, o sea, para impedir que los logros obtenidos puedan ser arrebatados por quienes fueron privados del poder; la potencia significante del mito adquiere dimensiones insospechadas. Apelar al pasado de grandeza o a los ideales de los padres fundadores de la nación, puede hacer que pueblos enteros se inscriban en proyectos emanados de un minúsculo grupo de hombres cuya única aspiración es la de imponer su dominio por sobre el resto de la sociedad. Las naciones surgidas en el siglo XIX fueron eso: un acto de voluntad política de la burguesía en el uso pleno de sus facultades como clase dominante en la fase de consolidación del sistema capitalista.²

Como expresáramos más arriba, para consolidar la idea de nación, estos valores y sentimientos se erigen en expresiones del “mito fundacional”,³ debiendo ser transmitidos a la comunidad para lograr que sean asimilados y tenidos como los únicos posibles. He ahí una de las funciones básicas de la educación: contribuir a la difusión de la nacionalidad. Los pueblos que asumen la dirección de sus destinos en función de constituirse en estados, se valen, como primera medida, de la transmisión de los rasgos culturales –aquellos que los grupos dominantes quieren fomentar en los sectores populares haciéndolos universalmente válidos– mediante las prácticas educativas.

Como corolario de lo anterior, la *Historia nacional* se nos aparece en todo su esplendor, dado que más allá de limitarse a contar el pasado, serán las formas de contarlo y el sentido con que se lo haga, los artífices de su función institucionalizadora de la sociedad. La Historia como constitutiva

de la nacionalidad es el aglutinante mítico sobre el que se levantaron los estados nacionales decimonónicos y todos los que les siguieron asimilaron el modelo y lo asumieron como propio.

Hoy sabemos que la creencia en una única historia posible, un único relato abarcador de la Historia de la humanidad ha evidenciado lo obsoleto de su discurso ante la explosión de una multiplicidad de realidades, culturas, lenguajes y experiencias que no pueden seguir quedando silenciadas, que de un modo u otro, también merecen ingresar en la Historia.

Desde aquí sostenemos que la Historia sirve para integrar y para disolver, puede ser complaciente con los vencedores y brindarles un pasado glorioso funcional a su dominio, o provocar la ruptura crítica con ese pasado y coadyuvar a la búsqueda de la verdad. Las corrientes historiográficas de la Argentina han acompañado estas transformaciones y una breve recorrida por parte de lo que sido su desarrollo, puede acercarnos al objeto final de nuestro análisis: la nueva “divulgación histórica” encarnada en los libros de Lanata y Pigna.

La Historia argentina como campo de batalla de las ideas políticas

En la joven historia de nuestro país hemos asistido a diversos intentos por explicar el pasado siguiendo lineamientos que se adaptaban a las necesidades políticas locales de cada momento histórico y se constituían en la clave interpretativa del presente.

Hoy en día nos sorprende la proliferación de obras de divulgación histórica que parecen recordarnos a los revisionismos del pasado pero de manera actualizada: grandes cuestionamientos a la “historia oficial”, promesas de revelar los secretos mejor guardados por una historiografía complaciente con los poderes de turno, y rastreo de los males del presente en viejas prácticas corruptas inscriptas en el “ADN nacional”, entre otras atracciones. La novedad se presenta ahora mediante un cóctel traducido en el formato de los olvidados grandes relatos históricos pero expresado en lenguaje claro —esto es, sin los tecnicismos de que normalmente se acusa a los académicos—. Simpleza y polémica: he allí los condimentos necesarios para abarrotar las librerías y tentar a lectores ávidos por descubrir en el pasado que otros han ocultado sistemáticamente, la causa de sus conflictos actuales.

Como se ha manifestado anteriormente, el auge inusitado de estas obras de divulgación nos recuerda a los revisionismos de nuestra historiografía. El cambio que aquí se introduce es que en estos nuevos modelos explicativos aparece una diferencia fundamental con sus predecesores: la total ausencia de proyectos políticos que sí acompañaban a los viejos revisionistas.⁴

El revisionismo argentino surge como reacción a la historiografía “oficial” ligada al liberalismo y se erige en una de las dos escuelas interpretativas de la historia nacional.⁵ Una aproximación a esta cuestión puede encontrarse en el texto de Norberto Galasso⁶ del que aquí se tomarán brevemente algunas de las caracterizaciones sobre las diversas corrientes historiográficas argentinas. Una primera Historia nacional fundante de la nacionalidad argentina, siguiendo el modelo mítico expuesto más arriba, se inscribe en el proyecto político de tradición liberal encabezado por Bartolomé Mitre. Se ha denominado a esta línea como “Historia liberal” dado que privilegia la impronta de los acontecimientos y las obras de los “grandes hombres de la patria” en el devenir histórico y los inscribe dentro de una tendencia “liberal-conservadora” que hace hincapié en las libertades económicas. Para esta

Historia, serán las minorías ilustradas (y sus máximos exponentes: Rivadavia, Sarmiento y Mitre) las artífices de realizarla enfrentándose a los resabios de una Argentina “salvaje” que, encarnada en los caudillos y en sus seguidores populares, debería ser erradicada mediante la civilización.

Simplificada por razones de espacio, ésta es la visión que ha sido protagonista de los planes de estudio durante décadas y aún hoy cuenta con adeptos dispuestos a sostenerla como la única explicación “seria” y supuestamente “objetiva” de nuestro pasado.

Los movimientos revisionistas, desde 1930 a la década del 50, trataron de ubicarse en un rol cuestionador de dicha línea historiográfica y cada uno de ellos representa los intereses de sectores que habían quedado excluidos de la visión oficial. Para Alejandro Cattaruzza,⁷ dentro de este movimiento historiográfico sobran los matices; no se trataría de una corriente homogénea sino que más bien deja en evidencia el entrecruzamiento de tradiciones diferentes, aunadas en la puesta en cuestión de la llamada “historia oficial”. En concordancia y siguiendo el análisis de Galasso, podemos encontrar las siguientes corrientes: el revisionismo histórico rosista de extracción conservadora y oligárquica, impregnado de cierto nacionalismo –muy en boga en la época– antiliberal y antielitista. Como respuesta, hacia mediados de los años 30, aparece la visión encarnada por los *representantes de la FORJA*, quienes cuestionan, entre otras cosas, la permanencia de los intereses ingleses en los asuntos nacionales –un representante de esta visión es Raúl Scalabrini Ortiz⁸ con sus estudios sobre la política británica en nuestro país y, posteriormente, Arturo Jauretche⁹, quien continuará en esta línea.

Luego de la caída del peronismo en 1955 –y sobre todo en la década del 70– aparece un revisionismo dispuesto a rescatar la figura de Rosas pero en clave de analogía con el depuesto presidente Perón mediante la exaltación de los rasgos antibritánicos y la defensa del proyecto nacional llevada a cabo por el caudillo rioplatense, su llegada a las masas gauchescas y su impronta en los sectores populares (visión especular del líder exiliado y aclamado por las multitudes) Esta corriente encontró en José María Rosa un fiel exponente a través de su *Historia Argentina*¹⁰ (editada en tomos) que se presentaba como alternativa a la vieja historia oficial que le había negado a las masas populares un lugar protagónico en el pasado nacional.

En todos estos movimientos, las líneas divisorias entre proyecto político y prédica historiográfica se diluyen y así, los movimientos sociales quedan encauzados en la acción de otros hombres que, como en el citado caso de Rosas, se erigen en protagonistas de la Historia al tiempo que se cuestionan los modelos de dependencia económica, política y cultural neocoloniales.

Luego de este sucinto recorrido por algunas de las principales corrientes de la historiografía nacional, cabe preguntarse cómo se articulan en nuestra tradición historiográfica los trabajos de divulgación sobre Historia argentina de reciente aparición que han obtenido un impresionante éxito editorial en los últimos tres años. Nos estamos refiriendo a *Argentinos (I)* y *Argentinos (II)* de Jorge Lanata y *Los mitos de la Historia Argentina (I)* y *Los mitos de la Historia Argentina (II)* de Felipe Pigna. En ambos casos, una mirada superficial por los índices de sus respectivas obras nos permite apreciar algunas de sus semejanzas: capítulos cortos y con títulos que remiten a juegos de palabras que se transforman en guiños cómplices con los lectores, lenguaje simple e “inteligible” y un marcado eje cronológico del relato histórico. La estructuración de los libros nos remite a los

grandes relatos de nuestra historia nacional en los que no aparecen las voces de los nuevos actores sociales que pugnan por entrar en la historia. Estas dos propuestas no se organizan en torno a ofrecernos una mirada explicativa del pasado, sino que asumen una franca discusión con la denominada “Historia oficial” juzgando desde el presente los sucesos pretéritos, al tiempo que encumbren nuevos próceres en el panteón ocupado por los ya tradicionales protagonistas de los actos escolares. Con la lectura en profundidad de los textos, las similitudes se acentúan y nos permiten arribar a conclusiones afines.

Argentinos frente a un espejo roto

La lectura de *Argentinos (I)*¹¹ y de *Argentinos, textos escogidos*,¹² de Jorge Lanata exige al lector entrenado un verdadero esfuerzo por la minuciosidad en datos irrelevantes que hacen dificultoso mantener el hilo del relato. Tal vez, para quienes no están familiarizados con la práctica de la lectura, la experiencia, puede aparecer placentera: las obras se estructuran en múltiples capítulos y a su vez, se subdividen en varios apartados por lo general muy breves con títulos que remiten a películas, juegos de palabras, lugares comunes del habla popular, etc.

Desde el prólogo de *Argentinos (I)* Lanata nos explica el porqué de su necesidad de escribir este libro de Historia Argentina y surge en el lector el deseo de saber qué es lo que se nos va a contar, ya que el planteo inicial remite más a una sesión de psicoanálisis que a la introducción de un libro de Historia. Frases tales como “No me voy porque tengo una hija. Aunque no es solo eso, no me voy porque no quiero dejarles el país a ellos. Ellos y Nosotros. ¿Soy Ellos? No. No soy Ellos. Ellos a veces creen que sí, yo sé que no. Pero a veces soy Nosotros. La mayor parte del tiempo solo soy extranjero de mí. Y de los demás”¹³ anticipan que el tono del libro puede significar una búsqueda interior sobre el ser nacional rastreando en el pasado las claves para explicar el presente. La promesa se realiza mediante la exposición de datos narrados en tono periodístico para dotarlos de la credibilidad de que goza el autor en esa profesión y que le aseguran la mirada complaciente de sus fieles seguidores.

El relato comienza con la presencia española en estas tierras detallando los ejemplos del hambre que padecieron los primeros peninsulares en Buenos Aires. Una lectura en profundidad, no nos permite encontrar ninguna revelación que haya sido ocultada por la historiografía en estas páginas, sino que la originalidad estaría en la presentación del tema en forma “amena”.

Lo que sí puede hallarse a lo largo de la obra, son múltiples ejemplos de anacronismos a través del uso de ciertos términos y la extrapolación de conceptos sin ninguna justificación más que la de dotar a la narración de una permanente referencia al presente como reafirmando las continuidades entre lo que hemos sido y lo que aún hoy somos. Ejemplos de ellos son: “El 17 de octubre de 1580 fue un *día peronista*: Garay entregó a cada poblador un solar, es decir, un cuarto de manzana en el centro, y media y hasta una manzana dentro de su ejido”, refiriéndose al robo a la Real Caja de la Contaduría y Tribunal de los Jueces Oficiales perteneciente a la corona española ocurrido en 1631, Lanata alude a los “primeros boqueteros”, cuando se refiere a los ladrones que perpetraron el delito. Del mismo modo, para ilustrar la baja proporción de negros en la población de Buenos Aires, el autor utiliza la expresión “los primeros desaparecidos” dotándola de una significación absoluta-

mente inapropiada –por las razones y el contexto histórico social a que hace referencia– pero que logra el esperado golpe de efecto: el lector desprevenido asentirá con su cabeza al comprobar las continuidades a lo largo de nuestra historia. Cuando el autor describe las consecuencias de los empréstitos contraídos –caso Baring Brothers– recurre a la expresión “riesgo país” para dar cuenta de la situación en que se encontraba la Argentina frente a sus acreedores:¹⁴ no deja de ser tentador recurrir a dicha referencia si tenemos en cuenta que el libro fue publicado en el año 2002 cuando la crisis económica por la que atravesaba el país se nos hacía más evidente mediante las altísimas cifras de aquel riesgo que se daban a conocer permanentemente en todos los noticieros y diarios nacionales.

Cuando Lanata cuenta en su gran relato de la Historia argentina quiénes eran los primeros setenta y cinco pobladores de Buenos Aires¹⁵ –describiéndolos con nombre y apellido– nos preguntamos a qué apunta y si a ésta Historia se refería al principio como aquella que no le había sido contada. Bastaba con que leyera la obra por él citada de Hjalmar Gammalsson, *Los pobladores de Buenos Ayres y su descendencia*, para conocer dicha información. O si tal vez en la discusión sobre la autenticidad o no de los retratos de Mariano Moreno existentes, el autor pretende arribar a otra conclusión que no sea la referida a que no siempre las imágenes que representan a los próceres son coincidentes con la realidad.

Como otro ejemplo de estas referencias podemos citar la descripción que Lanata nos ofrece sobre las dilaciones en la construcción del Cabildo, los Tribunales y el Puerto de Buenos Aires. Bajo los subtítulos de “Disculpe la molestias” y “El puerto y la chica de los ojos vendados”¹⁶, el autor nos relata los pormenores de tamañas empresas. Estos datos que no significan grandes aportes en la Historia argentina, adquieren en la obra de Lanata una clara explicación: son la continuidad de su labor periodística.

Más preocupante resulta el hecho de que el autor exponga en los subcapítulos la “Muerte de fiesta” y “Carnifex” las descripciones detalladas de los tormentos y las tareas de los verdugos en la colonia como un antecedente de las vejaciones llevadas a cabo en nuestro siglo –sobre todo en la última dictadura militar– descontextualizándolas por completo al mirarlas desde un presente que condena cualquiera de las prácticas mencionadas. El autor apela a despertar la sensibilidad del lector presentando la información como una continuidad de aquella praxis inhumana a lo largo de toda nuestra historia nacional. Los contextos en que entonces unas fueron creadas y otras puestas en práctica más recientemente, no parecen tener importancia.

En varios pasajes de la obra, Lanata nos cuenta intimidades de los próceres: que Belgrano tenía voz de “pito” –lo cual ha dado lugar a especulaciones sobre su homosexualidad, versión desmentida por el autor–¹⁷ y una hija extramatrimonial; que Sarmiento tenía varios amoríos a la vez, que San Martín una vez se arrepintió de haber hablado peyorativamente de la tradición española,¹⁸ en fin, una serie de informaciones que pueden encontrarse en biografías sobre los mismos próceres que se adquieren en los puestos de diarios y revistas para la biblioteca del estudiante.

Un aspecto que merece ser resaltado es la valoración que Lanata hace de la figura de Rosas. El capítulo siete le es enteramente dedicado al caudillo bonaerense y la exaltación de su figura política puede advertirse en varios pasajes. Se destacan sus acciones contra los indios y la introducción de la

vacuna antivariólica en las tolderías indígenas, la incorporación de la máquina de vapor a la actividad industrial –un lector desprevenido se preguntará por qué no se produjo aquí el despegue industrial similar al modelo británico–, el éxito de la defensa ante el bloqueo anglo-francés gracias a la resistencia patriótica, las palabras del propio Rosas defendiendo las producciones vernáculas ante la competencia inglesa,¹⁹ son algunos de los muchos ejemplos que nos brinda el autor para contarnos quién fue Juan Manuel Ortiz de Rosas y qué hizo. Es curioso que se detenga tanto en una figura política que ha concitado la atención de muchísimos historiadores, del ámbito local, como extranjeros²⁰ y de quién a estas alturas, parecería quedar muy poco por develar.

Menos explicable aún resulta la traducción del Himno Nacional Argentino al inglés que forma parte del capítulo dedicado a las relaciones de nuestro país con Inglaterra. Tal vez sea solamente el deseo de apelar a golpes de efecto en sus lectores. Desde aquí no creemos que presentando dicha traducción se refuerce la realidad, por todos conocida, de la proximidad entre los intereses argentinos y británicos. Proximidad presente desde los albores mismos de la Nación y que puede encontrarse en cualquier libro de Historia, incluso en los manuales escolares más ortodoxos.

Es frecuente en la obra que estamos comentando, la aparición de largas listas. Ya se ha expuesto más arriba el detalle que hace el autor de los primeros habitantes que llegaron a Buenos Aires. Pero no deja de resultar curioso que Lanata apele nuevamente a este recurso para dar cuenta de quienes –para él la mayoría– tuvieron una vida pública y murieron lejos del país. En este listado se mezclan personalidades y circunstancias muy disímiles, tales como Mariano Moreno y el músico Eduardo Arolas; Juana Azurduy y el escultor Francisco Cafferata, Juan Manuel de Rosas o San Martín y el pintor uruguayo Juan Manuel Blanes; en fin, una serie de personas hermanadas en la única similitud de haber muerto fuera del país. Esta información no sería sino la confirmación de que ciertos personajes de nuestra historia fueron incomprendidos en su época y llevados por la persecución, decidieron terminar sus días en el exilio. Aparecen otra vez las continuidades entre pasado y presente y se acentúa nuevamente la falta de contextualización, ya evidenciada en varios pasajes a lo largo de la obra.

Al comenzar la obra del mismo autor presentada en formato de bolsillo²¹ y que reúne una selección de capítulos de *Argentinos I y II*, nos encontramos con la respuesta de Lanata a algunas críticas que ha recibido desde la publicación del primero de los volúmenes. El autor insiste en que nunca dijo que la Historia argentina por él contada fuera la única. Quienes leímos aquel prólogo con atención, encontramos en los últimos párrafos la frase “Nadie, nunca antes, me había contado esta Historia argentina, aunque la mayor parte de este espejo roto estaba suelta, en el piso (...) Ahora sé que soy parte de un sueño pendiente. No quisiera defraudar a los que lucharon por él”²² y participamos de la promesa de conocer “eso” que no sabía Lanata y que ahora nos revelaría. De manera paralela, el autor se refiere a quienes tildaron a su obra de pertenecer al rubro “divulgación” aduciendo que fue puesta allí ante el aumento incesante de las ventas de *Argentinos I y II*, condenándolos en el anaquel de los libros exitosos pero de dudosa calidad. No se entiende por qué al autor le molesta dicha situación. A lo largo de su obra no hace sino alejarse de las prácticas de historiadores y académicos, para quiénes las publicaciones son resultado del planteo de hipótesis sustentadas en largas investigaciones profusamente documentadas y que cuentan con citas que

enriquecen y facilitan la comprensión de los textos. Es decir que son trabajos de científicos sociales conocedores de la seriedad y responsabilidad que implica escribir un libro de Historia. Al parecer, Lanata estaría lamentándose por no gozar del respeto de los académicos.

En este volumen de textos seleccionados nos hemos detenido en algunos de los capítulos correspondientes a *Argentinos II* y que ocupan los años desde el Centenario hasta nuestros días. Ya desde el comienzo encontramos nuevas “revelaciones” en torno a la irregularidad en los estudios de Hipólito Yrigoyen y de Marcelo T. de Alvear, los amoríos del primero con sus alumnas y del segundo con una cantante portuguesa, la caracterización que Arturo Jauretche hiciera de Alfredo Palacios llamándolo “petiso”, entre otros tantos datos curiosos²³ que a nuestro juicio no significarían un gran aporte para el conocimiento de la Historia argentina. El autor recurre nuevamente a giros o frases efectistas, como por ejemplo cuando menciona que Yrigoyen recibió una “pesada herencia”²⁴ y dado que esa es una afirmación muy en boga entre los presidentes y ministros de economía actuales, nos vuelve a hacer ver que las cosas no han cambiado, que seguimos repitiendo la historia.

Luego de una larga descripción sobre los horrores del nazismo y de la presencia de jerarcas del Tercer Reich en Argentina, Lanata nos introduce en el análisis del peronismo, y para tomar distancia de cualquier juicio de valor posible, nos presenta distintos puntos de vista de quienes sí se han “animado” a definir dicho movimiento político.²⁵ Una vez expuestas dichas opiniones, el autor les responde en un tono que se parece bastante al de quien asume el rol de definir qué es correcto y qué no lo es. Ante las diferentes acusaciones vertidas sobre el peronismo, Lanata expresa los aciertos o desaciertos de las mismas y da por cerrada cualquier controversia. Igual tono será asumido cuando el autor se refiera a la obra de gobierno de Arturo Illia:²⁶ nuevamente Lanata nos “cuenta” los éxitos en la macro y microeconomía del depuesto presidente como para dejar en claro que no todo en su mandato habría sido materia cuestionable. Nada nuevo: una descripción similar puede encontrarse en el excelente libro de Aldo Ferrer sobre la economía argentina.²⁷

Si continuamos con la lectura de la obra, veremos que Lanata dedicará especial atención a la Revolución cubana y particularmente, a la participación de Ernesto “Che” Guevara en los movimientos revolucionarios posteriores, hasta su asesinato en Bolivia. Un análisis sobre cierta visión “religiosa” de dicho líder y sus contradicciones sobre el papel que deberían asumir las vanguardias en la dirección de los movimientos revolucionarios, llevan al autor a detenerse en cuestiones de tipo existencial para dar cuenta de la humanidad del “Che”. Estas cuestiones parecen formar parte de otro libro y da la sensación de que han sido puestas aquí solo para ser compartidas con sus fieles lectores.

Dado que el resto de la obra mantiene similares características a las arriba descriptas y no se modifican los juicios que hemos vertido a lo largo del presente análisis, las mismas no serán comentadas aquí por razones de espacio. Invitamos a quienes lo consideren oportuno, revisar la totalidad de la misma.

Cabe por último aclarar que no es intención del presente trabajo cuestionar los méritos que posee Jorge Lanata como periodista. Los múltiples éxitos obtenidos a lo largo de su vasta trayectoria demuestran la solidez y responsabilidad con que ha encarado cada uno de sus numerosos proyectos. De lo que se trata aquí es de analizar sus producciones en el ámbito de la historiografía y los

alcances que tienen las propuestas vertidas en ellas como herramientas para desentrañar aquello “no dicho” de nuestra Historia nacional.

A lo largo de sus obras citadas, la narración discurre por senderos por todos conocidos pero presentados en lenguaje “ameno”, con la innegable finalidad de acercar la supuesta verdad nunca antes contada a unos lectores que comparten con el autor la sensación de haber sido víctimas de un complot de los poderes de turno para negarles su verdadero pasado. Su versión de la Historia nacional nos deja un sabor a “más de lo mismo” en relación con las expectativas despertadas al momento de su aparición.

Desmitificando nuestro pasado

Otras propuestas que han aparecido recientemente como expresión de la referida “divulgación histórica” son los trabajos de Felipe Pigna,²⁸ quien nos promete ya ayudarnos a pensar de manera diferente la Historia de nuestro país. Resulta interesante que un profesor de Historia que ha ejercido la docencia en el nivel medio, haya decidido echar luz sobre ciertas cuestiones del pasado nacional que a su juicio no se ajustan a la verdad. Quizás como prolongación de las propuestas didácticas integrantes de su propia página web o partiendo de la inquietud emanada de la sociedad en su conjunto, el autor despliega en el primero de los dos tomos bajo el atractivo título de “*Los mitos de la Historia Argentina. La construcción de un pasado como justificación del presente*” y nos invita a acompañarlo en su intento por desmitificar ciertos sucesos de nuestra historia nacional.

Según el autor, la versión oficial de nuestra historia ha intentado durante años “suprimir la identidad nacional”²⁹ mediante relatos del pasado que se erigían sobre la figura monolítica de próceres de bronce despojados de otros intereses que no fueran los altruistas de salvar a la patria. Al parecer todos hemos sido víctimas de un engaño perpetrado por los poderes de turno para despojarnos de un pasado atravesado por conflictos sociales e intereses políticos divergentes.

Para Pigna, la Historia argentina ha oscilado entre la ridiculización de los acontecimientos (por caso los sucesos de mayo de 1810 reducidos a los actos escolares) o la naturalización de los acontecimientos y sus protagonistas como la única verdad digna de ser transmitida y estudiada. Ante tan desolador panorama, su propuesta se manifiesta como un intento de “...acercar a nuestra gente a nuestra historia. Para que la quieran, para que la ‘reconquisten’, para que disfruten de una maravillosa herencia común, que como todos los bienes de nuestro querido país está mal repartida y apropiada indebidamente”.³⁰

Cabría preguntarse quién es para el autor “nuestra gente”. ¿Serán los argentinos que vieron como cerraban para siempre las fábricas y se fugaban los capitales en la década de 1990 pero que miraban para otro lado mientras pagaban las cuotas de sus viajes al exterior y del automóvil cero kilómetro? ¿O tal vez se refiera a aquellos que asistieron complacientes a los múltiples golpes de Estado que provocaron los militares a lo largo de nuestra historia? Quizás se esté aludiendo a los sobrevivientes del llamado Proceso de Reorganización Nacional de la última dictadura militar, pero aquí resultaría llamativo que estos hombres y mujeres fueran ignorantes de esa “otra” historia que Pigna se propone rescatar. En el esquema del autor, se parte de una sociedad espectadora de una

historia que le es contada pero de la cual solo participa en tanto observador pasivo, aquello que el historiador Tulio Halperín Donghi ha descrito como el dogma de la “sociedad víctima inocente de todas las calamidades en las que nunca tuvo nada que ver”.³¹

Por otra parte, Pigna nos invita a descreer de la explicación simplista que dice que “en este país siempre estuvo todo mal y por lo tanto nunca nada estará bien”³² porque considera que dicha afirmación nos cierra la posibilidad de transformar el presente y el futuro de nuestro país. Ahora bien, a lo largo de la obra nos encontramos con referencias que parecen contradecir dicha proposición: el autor detalla los montos de las inversiones españolas realizadas en Argentina entre 1991 y el 2001 con millonarias ganancias para España, y las compara con los flujos de oro y plata que se enviaron durante la colonia a la metrópolis. Cabría preguntarse si estamos ante un hecho que se repite o si trata de situaciones diferentes, en contextos socio-económicos diferentes, producto de políticas diferentes que el autor pretende homologar en una “continuidad histórica” condenada a perdurar indefinidamente.³³ Si coincidimos con esta segunda explicación, pues entonces Pigna recae en una contradicción con sus propias palabras dado que mientras plantea que “nuestra historia, rica como pocas, desmiente categóricamente esa frase funcional al no cambio, que no nos deja ni la posibilidad de soñar con un país mejor para todos”,³⁴ propone en sus explicaciones situaciones que se repiten en diferentes momentos de la historia y que perpetúan los rasgos del pasado en el presente.³⁵

Una vez hechas estas consideraciones sobre la repetición o no de la historia, nos adentraremos en la temática del libro propiamente dicha. Como ya se ha referido con anterioridad, Felipe Pigna se propone devolvernos la identidad nacional que nos ha sido usurpada gracias a una visión escolarizada de nuestra historia, y lo hace llevando adelante un relato cronológico del pasado nacional que se remonta a la llegada de los españoles a América. Los mismos sucesos por todos conocidos –y ya mencionados en el análisis de la obra de Lanata– son contados en lenguaje simple, amenizados por subtítulos que buscan atraer la atención del lector. En el capítulo titulado *La madre patria*, emerge el primero de una larga serie de anacronismos en los que incurre el autor para describir situaciones pasadas en clave presente. Nos estamos refiriendo a la caracterización de Moctezuma y de Atahualpa como ejemplos de “secuestros extorsivos”³⁶ en un contexto en que España es vista como madre “adoptiva apropiadora” que suele recurrir, entre otras cosas, a la supresión de identidad. No deja de llamar la atención que Pigna emplee estos términos y que los resigne en circunstancias que distan mucho de asemejarse a las cuales les han dado validez en la actualidad.

A lo largo de toda la obra se percibe en el autor la intención de buscar complicidad con el lector y lo logra mediante el uso de cierta terminología efectista. Ejemplo de ello son el denominar al contrabando como “la primera industria nacional”, a los cabildantes de 1616, “los delincuentes de turno”, a un grupo de criollos y catalanes organizados para enfrentar a los ingleses durante la invasión de 1806, “guerrilla urbana”, como también la descripción de las instrucciones para armar un “Sobremonte” con ciertos ingredientes que, al decir del autor, “se pueden conseguir hoy, en pleno siglo XXI, en algunos despachos, cenáculos, fundaciones y cenas de camaradería”, o también caracterizando a Gervasio Posadas como “una especie de De la Rúa de la época”.³⁷ Siguiendo éstos casos, podríamos demostrar que, a pesar de lo que se sostiene al principio de este análisis, aquí siempre han existido las cosas que hoy conocemos y padecemos, por lo tanto, la historia se repite y continúa.

Uno suele preguntarse durante la lectura de *Los mitos de la Historia Argentina*, de qué mitos se trata, dado que el autor no propone ninguna caracterización teórica sobre qué entiende por mitos o a qué alude cuando a ellos se refiere.³⁸ De lo que se trata es de contar nuestra historia sin recurrir a las fórmulas que utilizaron sus antecesores, esto es: una historia política que la hacen “los otros”, los elegidos, protagonizada por hombres con rasgos sobrenaturales y despojados de ideologías, capaz de naturalizar ciertos acontecimientos y borrar el recuerdo de sectores enteros de la sociedad, etc. Pues bien, luego de un pormenorizado recorrido por la totalidad de la obra, podemos encontrar una colección de anécdotas sobre ciertos personajes –por caso la Perichona–³⁹ o consideraciones sobre si las damas de la colonia iban “de shopping”,⁴⁰ mientras que en esta versión de la Historia argentina ofrecida por Pigna, quien se erige por sobre el resto de los mortales es Manuel Belgrano.

El autor ha querido rendirle un homenaje a Belgrano, quién según su opinión, ha sido condenado a “no ser”,⁴¹ dado que para recordarlo se ha declarado la fecha de su muerte, 20 de junio, como el día de la Bandera. A partir de esta primera afirmación, Pigna nos explicará las razones por las cuáles este prócer no ha recibido el trato que merece.

Al parecer, esta omisión voluntaria de los historiadores “oficiales” se debe a que Belgrano fue un “ideólogo de la subversión americana y no conviene que, desde la más tierna infancia, los niños aprendan a honrar la memoria de pensadores, innovadores y revolucionarios, portadores, como en este caso, de una coherencia meridiana entre sus dichos y sus hechos”.⁴² Es tan imperiosa para Pigna la necesidad de ensalzar la figura del prócer ignorado, que recurre a la repetición de anécdotas para reforzar lo comprometido que aquel estaba con la causa de la independencia.⁴³ Se puede así recorrer la historia de su vida: su obra política, militar y educadora al detalle, la pobreza en que murió y las donaciones que realizó para la construcción de escuelas que aún hoy están sin finalizar, su rol como periodista y como “subversivo”,⁴⁴ en fin, un alegato a favor de quién, según el autor ha sido silenciado en nuestra historia recluyéndolo en su papel de creador del pabellón nacional y despojándolo de su verdadera significación social y política. Resulta curioso que una de las citas al pie de página en el capítulo referido a Belgrano sea tomada de la biografía sobre dicho prócer escrita por Bartolomé Mitre, precisamente uno de los exponentes de la misma historia oficial a la que Pigna acusa de negar el merecido reconocimiento de aquel.

Si nos remitimos a la caracterización sobre el revisionismo expuesta más arriba, podremos constatar que donde otros colocaban a Rosas o a San Martín, en el relato de Pigna, aparece Belgrano emergiendo de un panteón de héroes de la patria del que antes –aparentemente– no había formado parte. De dichas corrientes historiográficas que acompañaban la prédica con una práctica política –coincidiéramos o no con ellos, llevaban implícita en su teoría las propuestas para la praxis–, solo queda la idea de “revisión”.

La aparición del segundo volumen de *Los mitos (...)*,⁴⁵ también tuvo gran repercusión en el público, colocándose en los primeros puestos de venta en todo el país de manera casi instantánea. En este caso, el período estudiado por Pigna abarca desde San Martín hasta el Centenario de la Revolución de Mayo; pasando por las luchas por la independencia, el homenaje a ciertos hombres ignorados o decididamente silenciados por la “otra historia”, las llamadas presidencias históricas, la Guerra del Paraguay y la crisis financiera de 1890. Se percibe aquí una mayor preocupación por

reforzar el rigor histórico expresado en las numerosas citas al final de cada capítulo —en el primer volumen solo hay algunas al pie que no revisten la profusión de las que encontramos en esta obra— al tiempo que en el relato aparecen intercaladas frases, versos, expresiones de los protagonistas, fragmentos de discursos, entre otras voces.

Pero las diferencias llegan hasta allí. En *Los mitos de la Historia Argentina II* nos volvemos a encontrar con las mismas características reseñadas más arriba: lenguaje sencillo, guiños o juegos de palabras, constantes referencias a circunstancias pasadas como origen de los males del presente, etc. En la introducción de esta obra, el autor refuerza aquello que expresara en su anterior trabajo en relación con el “fervor de los jóvenes” por conocer lo que le han estado ocultando y aprovecha para responder a los “enemigos de la memoria” y “los que se creen los dueños de la historia” que han tenido una posición crítica respecto de su obra.

Nuevamente, Pigna asume el compromiso de rescatar del olvido o de la omisión a personajes como Hipólito Bouchard, alguien a quien “la historia otra (...) lo trató de pirata, ladrón, no le dio cabida en sus panteones”,⁴⁶ Martín Miguel de Güemes y Manuel Dorrego,⁴⁷ otorgándoles el espacio y reconocimiento que les han sido negados. Lo curioso es que en varios pasajes de la obra aparecen citas de Mitre que refuerzan algunos de los análisis y conceptos de Pigna en estos temas, lo cual nos lleva a preguntarnos si los mismos han sido verdaderamente acallados por la historia oficial. Es indudable que las historias escolares no se refieren a estos hombres de manera profusa y que en el mejor de los casos son solo mencionados; pero al mirar las citas del autor al final de cada capítulo, podemos encontrar no pocas referencias a dichos personajes en múltiples obras y registros oficiales al alcance de quien quiera consultarlos.

Continuando con su propuesta de esclarecer ciertos sucesos del pasado y el accionar de sus protagonistas, el autor se detiene en Bernardino Rivadavia y su vinculación con el origen del endeudamiento de nuestro país describiendo de manera pormenorizada los empréstitos contraídos (sin dudas el de Baring Brothers como expresión de sus políticas más corruptas) sin ahorrar los más mínimos detalles.⁴⁸ El autor suele expresar abiertamente su condena a las acciones de Rivadavia recurriendo a paralelismos con la actualidad preguntándose si siempre hemos sido deudores, para concluir que la situación no ha cambiado demasiado en los 181 años que separan las acciones de Rivadavia con las de nuestros funcionarios.⁴⁹ Pero lo que resulta interesante es comprobar que Pigna se permite tener una mirada más condescendiente con ciertos próceres, como por ejemplo Sarmiento de quien llega a decir que le tocó escribir en una época de intolerancia,⁵⁰ mientras que con otros asume una franca discusión sin aplicar el mismo razonamiento. Por supuesto que las decisiones que fueron tomando algunos personajes de nuestra historia los condenan por sí mismas, pero si utilizamos el relativismo para justificar expresiones y acciones de algunos, cabe esperar que las hagamos extensivas a todos o que dejemos en claro desde el comienzo a quiénes no se les aplicará esa regla.

Cuando Pigna se refiere a Rosas, asume una posición que se presenta equidistante de quienes condenan y de los que endiosan al Restaurador. Pero luego de la lectura del capítulo que le dedica, lo que encontramos es una descripción que intenta no ser valorativa y que está muy alejada del tono a que nos tenía acostumbrados el autor. No hay aquí una toma de partido —como sí aparece en el resto de la obra en cada uno de los temas analizados— sino la presentación de lo que podríamos

considerar aciertos y errores de Rosas a lo largo de sus dos mandatos, como lo hace también Lanata en su libro. Tanto en uno como en otro caso, esta información fue tomada de múltiples trabajos de historiadores reconocidos, ya mencionados cuando nos referíamos al libro de Jorge Lanata.⁵¹

Si en el anterior volumen, el autor se proponía devolverle a Belgrano el lugar que le “había sido negado” en la Historia, en esta obra es San Martín “aquel andinista subversivo”⁵² quien merece los elogios—haciendo hincapié en su vida civil además de sus reconocidos éxitos militares— a lo largo de cincuenta y ocho páginas. Nuevamente encontramos anécdotas y frases célebres del Libertador que refuerzan su imagen mítica, pero nada nuevo ni “desmitificador” aparece en esta parte de la obra.

Las referencias a la continuidad de la historia vuelven a aparecer en el capítulo “La crisis de 1890, el primer *default* argentino”⁵³ y ya desde el inicio podemos apreciar el tono y la dirección que asumirá el relato. Al parecer, los contextos internacionales y locales en que aquella crisis tuvo lugar y la que nos asoló a fines del 2001 no merecen ser analizados por el autor.

No parece necesario detenernos mucho más en esta obra ya que los marcos analíticos y el tipo de relato se asemejan al primer volumen y nos acercan a conclusiones similares.

Algunas consideraciones finales

Al comenzar esta reflexión hacíamos referencia a cómo la Historia había asumido, durante la conformación de los Estados Nacionales, el rol de presentar un pasado común como parte de la construcción del futuro de aquellos pueblos que comenzaban a dotarse a sí mismos de una Nación. Esa idea de totalidad explicativa de la sociedad fue dando lugar a la fragmentación de ese gran relato en múltiples historias que buscaban otorgarle voz a quienes nunca antes la habían tenido mediante lo que se llamó la crisis de los grandes relatos.

En el ámbito local, durante las últimas décadas, han proliferado los estudios sobre “microhistorias”, ya sea regionales, como de género, de inmigrantes, etc., erigiéndose en expresión de dicha tendencia a la segmentación de los relatos.

Resulta evidente que estos cambios operados en el campo historiográfico no se desprenden de las transformaciones ocurridas en el seno de la sociedad. Por tal razón no debe extrañarnos que en medio de la crisis estructural que atravesó la Argentina en el año 2002 hayan emergido intentos de explicación que buscan descubrir en las raíces del pasado más lejano, las causas de nuestros padecimientos actuales pero desde la misma mirada de la historia tradicional sin ocuparse de los nuevos sujetos históricos.

No se ha tratado en la presente reflexión de descalificar las obras de aquellos autores que pretenden reintroducir el debate sobre nuestro pasado en la escena nacional, ni se busca menospreciar sus producciones. Por el contrario, resulta valioso e interesante que se fomente la lectura de libros de Historia en sectores de la sociedad que se han mantenido alejados de los mismos por décadas e incluso, como en el caso de los jóvenes en edad escolar, absolutamente desinteresados por esta temática.

El problema se presenta cuando la intención de recuperar los grandes relatos de nuestra Historia nacional se autoatribuye el rol de desentrañar los secretos más celosamente guardados por los

poderes de turno y no es sino una colección de datos carentes de cualquier otra significación que la de reafirmar que en este país siempre han existido los mismos males que actualmente nos aquejan, sosteniendo, además que el panteón de los héroes de la patria debería incluir a otros hombres destacados. Hoy nos resulta evidente que la Historia la hacen las sociedades y la escriben los sectores en el poder; pero negar la participación del colectivo social en su destino, dotándolo de cierto candor infantil, es tan grave como el mal que se pretende combatir.

Analizando en detalle las obras de quienes se arrojan la función de contar aquello que nunca antes se nos había enseñado, los resultados no parecen satisfactorios. Por todos lados se escuchan voces que invitan a adentrarnos en el conocimiento de los mitos de nuestro pasado, pero al cabo de la lectura nos preguntamos: ¿de qué mitos estamos hablando? ¿realmente se recorren velos que nos ocultaron durante décadas nuestra historia, o simplemente se agregan datos curiosos y referencias explícitas a la corrupción y falta de compromiso de los sectores dirigentes de la Argentina (a esta altura, sino conocido por todos, al menos sospechado por la gran mayoría)? Quizás lo que se plantea es la necesidad de calmar la ansiedad de una sociedad que no se explica la debacle en que ha caído y busca respuestas en eso que “otros le hicieron”. El tono cómplice que emplean los autores reseñados con sus lectores estaría poniendo de manifiesto su inclinación por esta última explicación.

Es evidente que Pigna y Lanata asumen su rol de difusores de una nueva verdad –aunque a lo largo de las obras ésta nunca aparezca– para despertar en los que los leen la conciencia de la identidad robada y con ello, la invitación a su recuperación. Sus propuestas llegan hasta allí: complacer la ilusión de una sociedad ávida de “saber” qué es lo que no le han dicho, para así poder apropiarse de su presente y transformar el futuro.

Estas obras reflejan el debate que se ha instalado en los medios de comunicación: versiones eruditas y académicas de la Historia argentina destinadas a un sector restringido y selecto frente a grandes obras de divulgación enfocadas a satisfacer al grueso de los lectores. Hoy pareciera imposible conciliar ambas propuestas en obras de calidad lo suficientemente accesibles para el gran público.

Tal vez, desde la Universidad deberíamos intentar encontrar esos caminos que nos acerquen al grueso de los lectores sin perder de vista el rigor metodológico que nuestra disciplina requiere.

Nota

¹ Brauer, D. “La filosofía idealista de la historia”, en *Filosofía de la historia*, Trotta, Madrid, 1993. Enciclopedia Iberoamericana de filosofía, Tomo V.

² Estas consideraciones son tomadas fundamentalmente de E. Hobsbawm, quien ha desarrollado de manera pormenorizada la cuestión del surgimiento de los Estados nacionales en varias de sus obras. Ver *La Era del Capital, 1848-1875*, Barcelona, Crítica. (1975) 1998, *La Era del Imperio 1875-1914*. Barcelona, Crítica, (1987) 1999 y *Naciones y nacionalismos desde 1873*. Barcelona, Crítica, (1991) 1998.

³ En palabras de Castoriadis: “...toda sociedad (...) instaure, crea su propio mundo en el que evidentemente ella está incluida. (...) La institución de la socie-

dad determina aquello que es real y aquello que no lo es, lo que tiene sentido y lo que carece de sentido. Toda sociedad es un sistema de interpretación del mundo (...) Toda sociedad es una construcción, una constitución, creación del mundo, su propio mundo. Su propia identidad no es otra cosa que ese sistema de interpretación, ese mundo que ella crea”. Castoriadis, C. “La Creación del dominio histórico social” [1981], en *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. Gedisa, Barcelona, 1988.

⁴ Al respecto pueden consultarse algunas de las siguientes obras: Halperín Donghi, T. (1971): *El revisionismo histórico argentino*, Siglo XXI, Buenos Aires y “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista del pasado nacional”, en *Punto de Vista*, Buenos Aires, año VII, N° 23, abril 1985; Romero, J. L. (1965): *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México; Chavez, F. (1977): *Historicismos e iluminismo en la historia argentina*, Ed. del País, Buenos Aires.

⁵ Di Tella, T. (comp.) (2001): *Diccionario de Ciencias Sociales y Políticas*, Ariel, Buenos Aires, (1989).

⁶ Galasso, N. (1995): *La larga lucha de los argentinos*. Ed. Del Pensamiento Nacional, Buenos Aires.

⁷ Cattaruzza, A. (1993): “Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico”, en *La historiografía argentina en el siglo XX (I)*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

⁸ Scalabrini Ortiz, R. (1965): *Política británica en el Río de La Plata*, Plus Ultra, Buenos Aires.

⁹ Jauretche, A. (1975): *Política nacional y revisionismo histórico*, Peña Lillo, Buenos Aires.

¹⁰ Rosa, J. M. (1972): *Historia Argentina*, 13 vols., Oriente, Buenos Aires.

¹¹ Lanata, J. (2002): *Argentinos (I)*, Ediciones B, Buenos Aires.

¹² Lanata, J. (2005): *Argentinos (Textos escogidos)*, Ediciones B, Buenos Aires.

¹³ Argentinos, op. cit. p.16. Nota: la cursiva es nuestra.

¹⁴ Ver páginas 39, 65, 109 y 207 respectivamente.

¹⁵ Op. cit., p. 43 y siguientes.

¹⁶ Op. cit., pp. 155 y 366, respectivamente.

¹⁷ “Para colmo de males, su presencia no imponía mucho respeto: a su corta estatura se sumaba una insoportable voz de pito la que, probablemente, diera nacimiento al fantasma de su homosexualidad, del todo falso”. Op. cit., p. 171. No hay al pie de página ni en la bibliografía al final de la obra, mención alguna a fuentes que permitan al autor aseverar la falsedad de dicho fantasma.

¹⁸ Op. cit., p. 292.

¹⁹ Op. cit., pp. 239, 247 y 248 respectivamente.

²⁰ Ver entre otros: Barba, E. (1972): *Cómo llegó Rosas al poder*, Pleamar, Buenos

Aires; Ibarguren, C. (1931): *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su drama, su tiempo*; Ediciones Theroria, Buenos Aires; Lynch, J. (1985): *Juan Manuel de Rosas*, Emecé, Buenos Aires; Myers, J. (1995): *Orden y Virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Universidad Nacional de Quilmes; Salvatore, R. (1998): “Consolidación del Régimen Rosista (1835-1852)” en *Nueva Historia Argentina, Tomo III*; Editorial Sudamericana, Buenos Aires; Goldman, N. y Salvatore, R. (1998): *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Eudeba, Buenos Aires.

²¹ Se trata de *Argentinos, textos escogidos*, Ediciones B, Buenos Aires, 2005.

²² *Argentinos*, op. cit., p. 17.

²³ Op. cit., pp. 175-177, 188, 189 y 209 respectivamente.

²⁴ “En su mensaje al Congreso, Yrigoyen describió la “pesada herencia” recibida: la administración de Alvear había dejado que el analfabetismo aumentara sin proporciones (...)”. Op. cit., p., 197.

²⁵ Algunos nombres: Gino Germani, José Luis Romero, Alfredo Galleta, Torcuato Di Tella, Jorge Abelardo Ramos, Ernesto Sábató, Leónidas Barletta, Jorge Luis Borges y Juan José Sebrelli, entre otros. Op. cit., pp. 296-304.

²⁶ Op. cit., pp. 354-357.

²⁷ Ferrer, A. (2005): *La economía argentina*. Fondo de cultura económica, Buenos Aires, [1963].

²⁸ Pigna, F. (2004): *Los mitos de la historia argentina*. Norma, Buenos Aires y (2005): *Los mitos de la historia argentina II*. Planeta Historia y Sociedad, Buenos Aires, [2004].

²⁹ “...Porque de esto se trata: la historia de un país es su identidad, es todo lo que nos pasó como sociedad desde que nacimos hasta el presente, y allí están registrados nuestros triunfos y derrotas, nuestras alegrías y tristezas, nuestras glorias y nuestras miserias. (...) La supresión de identidad fue una de las prácticas más crueles de la dictadura militar (...) La misma operación se ha hecho durante décadas con nuestra historia patria. Se nos ha intentado suprimir la identidad nacional”. Op. cit., p. 18.

³⁰ Op. cit., p. 19.

³¹ Cita extraída del reportaje al historiador que le hiciera la revista *Ñ* en su N° 87, del 28 de mayo de 2005.

³² Op. cit., p. 19.

³³ Op- cit., pp. 16-102.

³⁴ Op. cit., p. 19.

³⁵ “En todos los casos, la principal fuente de corrupción ha sido el Estado, y esto nos lleva a reflexionar acerca de la historia, no para abonar el lugar común que enuncia resignadamente que la historia se repite, sino para jerarquizar el postulado meramente histórico que sostiene que si no se cambian las condiciones, si las

oportunidades de enriquecimiento ilícito permanecen intactas y los culpables continúan impunes, a las mismas causas sucederán los mismos efectos. O sea que, más que repetirse, la historia continuará”. Op. cit., p. 102. En esta frase el autor recurre a una diferenciación de tipo semántica entre repetición y continuidad, pero en última instancia, subyace la idea de que las circunstancias se repiten. Nada se dice sobre los cambios en el contexto internacional ocurridos a lo largo de la historia y las posibles transformaciones que ellos han podido ocasionar.

³⁶ Op. cit., p. 61.

³⁷ Ver detalle en las páginas: 114, 129, 196, 187 y 378 respectivamente.

³⁸ En el presente trabajo ya se ha hecho mención a la cuestión referida a los mitos fundacionales cuando se aludió al papel que la Historia había asumido en el momento de conformación de los estados nacionales a través de la cita de Castoriadis, C. “La Creación del dominio histórico social” 1981, Op. cit. Consideramos desde aquí que hubiera sido oportuno incluir algún análisis de este orden en la obra de Pigna.

³⁹ Ver “Interludio amoroso”, op. cit., p. 204

⁴⁰ Op. cit., p. 221

⁴¹ Op. cit., p. 343.

⁴² Op. cit., p. 343.

⁴³ Las palabras de Belgrano “juro a la patria y a mis compañeros, que si a las tres de la tarde del día inmediato el virrey no hubiese renunciado, a fe de caballero, yo le derribaré con mis armas” aparecen en la página 239 mientras se relatan los sucesos de mayo de 1810 y nuevamente en la 355 bajo el subtítulo de “Tirando virreyes por la ventana”.

⁴⁴ Ver página 351, cuando se hace referencia a su “profunda sensibilidad social” y a su propuesta de reforma agraria.

⁴⁵ Pigna, F. (2004): *Los mitos de la historia argentina II. De San Martín a “el granero del mundo”*. Planeta Historia y Sociedad, Buenos Aires.

⁴⁶ Op. cit., p. 73.

⁴⁷ Op. cit., p. 99 y siguientes y 152 y siguientes respectivamente.

⁴⁸ En el capítulo titulado “Rivadavia, la (deuda) más larga del mundo” podemos ver desde su ascenso al poder como ministro de Martín Rodríguez hasta las medidas más polémicas que tomó como presidente. Nada de lo que aquí aparece resulta inédito, José María Rosa (op. cit.) le dedica gran parte del tomo III.

⁴⁹ Op. cit., p. 126.

⁵⁰ Op. cit., p. 270.

⁵¹ Ver nota N° 22

⁵² Op. cit., p. 15.

⁵³ “Es un lugar común decir que la historia se repite. (...) Pero la realidad es que la historia nunca se repite y uno podría decir sin temor a equivocarse que más bien

continúa (...)” Op. cit., p. 331. Para reforzar estos conceptos, el autor recurre a describir la crisis de 1890 en clave actual con subtítulos tales como “Prehistoria del corralito”, “La patria financiera”, “recuerdos del futuro”, entre otros.

Bibliografía

- Brauer, Daniel** (1993): “La filosofía idealista de la historia”, en *Filosofía de la historia*, Trotta, Madrid.
- Castoriadis, Cornelius** (1988): “La Creación del dominio histórico social” 1981, en *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. Gedisa, Barcelona.
- Castoriadis, Cornelius** (1997): “El deterioro de occidente”, en *El avance de la insignificancia*, Eudeba, Buenos Aires.
- Castoriadis, Cornelius** (1993): “La época del conformismo generalizado” en *El mundo fragmentado*, Altamira-Nordan Comunidad, Montevideo.
- Cattaruzza, Alejandro** (1993): “Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico”, en *La historiografía argentina en el siglo XX (I)* Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Chavez, Fermín** (1977): *Historicismo e iluminismo en la historia argentina*, Ed. del País, Buenos Aires.
- Di Tella, Torcuato** (comp.), (2001): *Diccionario de Ciencias Sociales y Políticas*, Ariel, Buenos Aires, [1989].
- Galasso, Norberto**, (1995): *La larga lucha de los argentinos*, Ed. Del Pensamiento Nacional, Buenos Aires.
- Halperín Donghi, Tulio** (1971): *El revisionismo histórico argentino*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Halperín Donghi, Tulio** “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista del pasado nacional”, en *Punto de Vista*, Buenos Aires, año VII, Nº 23, abril 1985.
- Hobsbawm, Eric** (1998): *La Era del Capital, 1848-1875*, Crítica, Barcelona. [1975].
- Hobsbawm, Eric** (1999): *La Era del Imperio 1875-1914*, Crítica, Barcelona, [1987].
- Hobsbawm, Eric** (1998): *Naciones y nacionalismos desde 1873*. Crítica, Barcelona, [1991].
- Jauretche, Arturo** (1975): *Política nacional y revisionismo histórico*, Peña Lillo, Buenos Aires.
- Lanata, Jorge** (2002): *Argentinos (I)*, Ediciones B, Buenos Aire (2005): *Argentinos (Textos escogidos)*, Ediciones B, Buenos Aires.
- Liotard, J. François** (1992): *La Posmodernidad (explicada a los niños)*. Gedisa, Barcelona.
- Liotard, J. François** (1989): *La condición posmoderna*. Rei Argentina, Buenos Aires.
- Marcuse, Herbert** (1995): *Razón y revolución*. Alianza, [1971].
- Pigna, Felipe** (2004): *Los mitos de la historia argentina*. Ed. Norma, Buenos Aires.
- Pigna, Felipe** (2004): *Los mitos de la historia argentina II. De San Martín a “el granero del mundo”*. Planeta Historia y Sociedad, Buenos Aires.
- Romero, José Luis** (1965): *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Scalabrini Ortiz, Raúl**, *Política británica en el Río de La Plata*, Plus, Buenos Aires.